

CAPÍTULO XVI (1).

¡Cosa rara! La *Vida y aventuras del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, escrita por Miguel de Cervantes Saavedra, fué el primer libro que cayó en mis manos, siendo yo ya un muchacho de cierta edad y algo experto en la lectura. Me acuerdo perfectamente de aquella época de mi infancia en que por la mañana temprano me salía de casa, me iba al jardín de la corte y allí, sin que nadie me interrumpiera, leía el *Don Quijote*.

Era una hermosa mañana de Mayo, en el silencio matinal-espiaba la florida primavera y dejábase alabar por el ruiseñor, su amable cortesano, entonaba éste tan tierna y acariciadoramente su amoroso canto, tan derretido y entusiasta, que los más desvergonzados botoncillos se abrían, y las lascivas hierbecitas se besaban apasionadamente á los aromados rayos del sol; árboles y flores se contemplaban con vanidosa coquetería.

Sentábame en un viejo y musgoso banco de piedra del paseo llamado de los Suspiros, no lejos de la cascada, y regocijaba mi pequeño corazón con las grandes aventu-

(1) Suprimido por completo en la versión francesa.

ras del atrevido caballero. En mi infantil honradez tomaba todo aquello en serio; cuanto más burlonamente se portaba el destino con el pobre héroe, tanto más pensaba yo, que así debió ocurrir, que aquello pertenecía á la edad heroica, y tanto las burlas como las heridas del cuerpo, si aquéllas me ponían de mal humor, éstas parecían sentir las en mi alma. Yo era un niño y no conocía la ironía que Dios creara con el mundo y el gran poeta reproducía en su impreso microcosmos, y podía derramar amarguísimo llanto, cuando el noble hidalgo, en pago de sus nobles sentimientos, sólo recibía ingratitudes y golpes; y como poco ejercitado aún en la lectura, pronunciaba en alta voz las palabras, y pájaros y árboles, arroyo y flores, todos podían oír, y estas inocentes criaturas que, como yo, nada de la ironía del mundo sabían, tomábanlo todo igualmente en serio, y lloraban conmigo los sufrimientos del pobre hidalgo; hasta una encina desgastada y vieja sollozaba, y movía con violencia la cascada su barba blanca, pareciendo todos clamar contra la maldad del mundo.

Sentimos que el heroico esfuerzo del caballero no merece menos admiración, cuando volvió la espalda al león sin exigirle combate, y que sus hechos son tanto más dignos de alabanza, cuanto más débil y flaco de cuerpo era, cuanto más frágil la armadura que le protegía, y más miserable el caballo que le llevaba. Despreciamos al bajo pueblo que trataba á puros golpes al pobre héroe; pero mucho más al alto populacho, adornado con vistoso manto de seda, maneras distinguidas de expresarse y tí-

tulo de duque, que se burlaba de un hombre que le era muy superior en ánimo esforzado y elevación de sentimientos.

El caballero de Dulcinea iba captándose cada vez más mi consideración y mi cariño, á medida que adelantaba en la lectura del admirable libro, lo cual hacía diariamente en el mismo jardín, hasta que ya, hacia el otoño, llegué al cabo de la historia; y ¡jamás olvidaré el día en que leí el temeroso duelo en que el caballero hubo de ser tan ignominiosamente vencido!

Era un día triste, feos nubarrones plomizos entoldaban el cielo, las amarillas hojas caían dolorosamente de los árboles, pesadas gotas de llanto se desprendían de las últimas flores que ya tristemente marchitas inclinaban su moribunda cabeza; hacía tiempo que los ruiseñores habían callado, por doquiera me quedaba mudo ante el espectáculo de la muerte....., y mi corazón pareció querer romperse de dolor, cuando leí cómo el noble caballero, desvanecido y mal trecho, cayó por tierra, sin levantarse la visera, y cual si hablase desde la tumba, con voz débil y lastimosa le dijo á su vencedor: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, caballero, la lanza, y quitame la vida, pues me has quitado la honra» (1).

(1) *Cervantes. Quijote. Parte 2.ª, cap. LXIV.* Siguiendo en nuestro propósito, restablecemos aquí el texto original, pues su

¡Ah! ¡el brillante caballero de la Blanca Luna, el que acababa de vencer al hombre más esforzado y noble de la tierra, era un barbero disfrazado!

retroversión sería, á más de diferente en las palabras, inexacta; pues la versión alemana citada por Heine, suprime á Dulcinea la determinación *del Toboso*, dice al fin: *atravesadme con la lanza, caballero*, y suprime: *quitame la vida, pues me has quitado la honra*.

CAPÍTULO XVII (1).

Esto pasó hace mucho tiempo. No obstante, muchas nuevas primaveras han florecido, aunque siempre les faltaba su más poderoso encanto, pues, ¡ah! ya no creo en las dulces mentiras del ruiñeñor, de ese cortesano de la primavera, porque sé cuán rápidamente se marchita su esplendor, y cuando veo un temprano botoncillo de rosa, me le representa la imaginación abriéndose dolorosamente rojo, palideciendo y arrastrado por el vendaval. Por doquiera veo un invierno disfrazado.

Pero en mi pecho arde aún ese flameante amor que se eleva melancólico de la tierra, vuela á la ventura por el extenso y bostezante espacio del cielo, allí es rechazado por las frías estrellas, vuelve á caer sobre la diminuta tierra, y entre suspiros y ayes tiene que confesar que no existe en toda la creación nada más bello ni mejor que el corazón humano. Ese amor es el entusiasmo, siempre divino, ya ejerza actos de necedad ó de cordura.

Y de ningún modo malgastó el niño inútilmente las

(1) Suprimido por completo en la versión francesa.

lágrimas que derramara sobre los sufrimientos del loco caballero, como tampoco más tarde el joven, cuando más de una noche, en su gabinete de estudio, lloró la muerte del sacratísimo héroe de la libertad, del rey Agis de Esparta, ó de Cayo y Tiberio Gracco en Roma, ó de Jesús en Jerusalén, ó de Robespierre y Saint-Just en París.

Ahora, que quiero vestir la toga viril y hasta ser un hombre, halla su término el llanto; hay que portarse como un hombre, imitando á los grandes antepasados; quiera Dios que en lo porvenir llore también por niños y jóvenes. Si, éstos son con los que todavía se puede contar en nuestra fría época; pues éstos son los que aun se encienden al ardiente hálito de los antiguos libros, y, por tanto, conciben aún los corazones de fuego de la actualidad.

La juventud es desinteresada en sus pensamientos y sentimientos, y por esto piensa y siente la verdad del modo más profundo, y no va en busca de donde se necesita una imprudente complicidad de palabra ó de obra. La gente vieja es egoísta y estrecha de miras; piensa más en los intereses de sus capitales que en los de la humanidad; deja correr tranquilamente su esquife por el canal de la vida, y se cuida poco del marino que en alta mar lucha con las olas; ó escala con tenaz empeño la altura de una burgomaestría ó la presidencia de su *club*, y se encoge de hombros ante las estatuas de los héroes que el vendabal arroja del pedestal de la gloria, contando á este propósito que ellos también, en su ju-

ventud, habian atacado de frente las murallas, pero que después se reconciliaron con ellas, porque la muralla es lo absoluto, la ley, lo que es en sí y por sí, lo que, por ser esto, es también racional; por lo que es irracional todo el que no quiere soportar un absolutismo que, siendo supremamente racional, incontrovertible, está arraigado sólidamente.

¡Ah! pero estos sofistas que nos quieren filosofar acerca de una suave servidumbre, son siempre más dignos de atención que esos infames que, al defender el despotismo, no se fundan en prudentes razones, sino que le defienden con datos históricos como un derecho consuetudinario al que se hayan ido acostumbrando poco á poco los hombres en el transcurso de los tiempos, y, por tanto, como válido en derecho, con fuerza de ley, como indestructible.

¡Ah! no quiero, como Ham, alzar el velo que cubre la vergüenza de la patria, pero es horrible cómo entre nosotros se ha entendido la esclavitud hasta hacerse charlatana, y cómo filósofos é historiadores alemanes martirizan su cerebro para defender todo despotismo, por necio y desatentado que sea, como racional ó como legítimo. El callar es la honra del esclavo, dice Tácito; pues aquellos filósofos é historiadores afirman lo contrario, y muestran cintajos condecorativos en el ojal.

Acaso tengan razón, y yo sea solamente un Don Quijote, á quien la lectura de toda clase de libros raros ha trastornado la cabeza, precisamente como al hidalgo manchego; siendo Juan Jacobo Rousseau mi Amadís de Gaula, Mirabeau mi Roldán ó Agramante, y he es-

tudiado demasiado á fondo los heroicos hechos de los paladines franceses y de los de la Tabla redonda de la Convención nacional. Pero la verdad es que mi locura y las ideas fijas que he adquirido de esos libros, son en un todo opuestas á la locura y á las ideas fijas del manchego; éste queria resucitar la difunta Edad Media, yo, al contrario, quiero aniquilar cuanto queda existente de aquella época, así es que perseguimos fines completamente distintos. Mi colega tomaba los molinos de viento por gigantes, yo, al contrario, sólo puedo ver en nuestros gigantes de hoy jactanciosos molinos de viento; aquél tomaba los pellejos de vino por poderosos encantadores, pero yo no veo en nuestros encantadores de hoy más que pellejos de vino; aquél tomaba las cortes de los milagros por castillos, los arrieros por caballeros, los mozos de mulas por damas cortesanas, yo, al contrario, tengo nuestros castillos por cortes de los milagros, á nuestros caballeros por arrieros, á nuestras damas cortesanas por vulgares mozos de mulas; como aquél tomaba una comedia de autómatas por un acto político, yo tomo los actos políticos por lamentables comedias de autómatas.....; pero doy de cintarazos al retablo de madera tan valientemente como el valiente manchego.

¡Ah! pero tal heroismo me produce tan malos resultados como á él, y tengo que sufrir tanto como él por el honor de mi dama. Si yo quisiera engañarles, por vano temor ó vil deseo de lucro, pudiera vivir cómodamente en ese mundo sensato y cubierto de seda, pudiera llevar al altar á alguna bella maritornes y hacerme casar por

gordos hechiceros, banquetear con arrieros nobles, publicar sin peligro novelas y aun tener algunos esclavitos. Mas en vez de esto, adornado con los tres colores de mi dama, tengo que estar en guardia continuamente, hallando á mi paso indecibles tormentos, sin alcanzar victoria que no me haya costado sangre del corazón. Día y noche estoy en apuro; pues mis enemigos son tan fuertes, que muchos, á quienes de muerte herí, se siguen dando aires de vivos, y, metamorfoseándose de todas suertes, me dan continuos disgustos. ¡Cuántos dolores me quedan que sufrir á causa de esos fatales espectros! Doquiera empezó para mí á florecer un poquito de amor, allí se deslizaron siempre las misteriosas y tenaces sombras y marchitaron sus más inocentes botoncillos.

Doquiera, y donde menos podía imaginarlo, descubro en el suelo su metrificada y vizcosa huella, y no tomo en consideración que puedo resbalarme con desgracia hasta en casa de mis más queridos parientes. Quizá esto haga reír, y se tengan tales cuitas por las vanas imaginaciones de Don Quijote. Pero los dolores imaginados no hacen por eso sufrir menos, pues se figura uno haber tomado cicuta y hasta se puede uno volver tísico, pero en ningún caso engordar. Y es una calumnia decir que me he puesto gordo, al menos no he contraído todavía ninguna plétora de grasa, aunque por otra parte sea cosa propia del talento. Tampoco se nota en mí la gordura del nepotismo.

Me figuro que se ha hecho todo lo posible para ponerme flaco; cuando tenia hambre se me daban á comer ser-

piantes, cuando tenía sed se me daba á beber absinto, se derramaba el infierno en mi corazón para que llorase veneno y suspirase fuego; se arrastraban hacia mi hasta en los sueños de mis noches, y veía entonces temerosas larvas con nobles rostros de lacayos rechinando sus dientes, medrosas narices de banqueros, matadores ojos que salían de bajo las capuchas, pálidas manos que bajo sus bordados puños hacían brillar sus puñales.

Hasta la anciana señora que vive á mi lado, pared por medio, me tiene por loco, y asegura que digo en sueños las mayores insensateces, y que la noche anterior oyó claramente que exclamaba: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta, caballero, la lanza, y quitame la vida, pues me has quitado la honra» (1).

(1) Véase nota, pág. 389.

POST-SCRIPTUM.

(Noviembre 1830.)

No sé qué extraña piedad me impidió alterar en lo más mínimo algunas expresiones que me parecieron harto duras, al revisar últimamente las anteriores páginas (1). El manuscrito estaba ya tan amarillo y pálido como un muerto, y tuve escrúpulo en mutilarle (2). Todo escrito de larga fecha tiene cierto derecho inmanente á la inviolabilidad, y más estas páginas que, en cierto modo, pertenecen á un sombrío pasado, pues fueron escritas apenas un año antes de la tercera hegira borbónica, en un tiempo más acerbo aún que las más acerbas expresiones, en un tiempo en que ganaba terreno la opinión de que el triunfo de la libertad aun se había de retardar un siglo.

Era por lo menos de temer que así sucediera, al ver á nuestros caballeros (3) de tan tranquilo semblante,

(1) En la versión francesa: *al revisar las pruebas de los capítulos precedentes.*

(2) Estas palabras debieron haber sido suprimidas en la versión francesa, donde bien maltrecho y mutilado sale, hasta en este mismo y en el siguiente capítulo.

(3) En la versión francesa: *caballeros alemanes.*

como que se mandaban pintar de nuevo los ya pálidos blasones, como que justaban con lanza y escudo en Munich y en Potsdan, como que cabalgaban tan orgullosos sobre sus elevados corceles, como para dirigirse hacia Quedlinburgo, para ir á prestar juramento al lado de Godofredo Bassa (1). Más insoportables aún eran las ojeadas de nuestros cleriguillos, que tan diestramente sabían esconder sus largas orejas bajo la capucha, que debíamos esperar de ellos las más malas pasadas.

No se podía prever que los nobles caballeros fueran á disparar sus flechas de un modo tan lamentable, y en su mayor parte anónimamente, ó al menos para salir del paso, con la cara vuelta, como los baschiros en retirada. Tampoco se podía prever que la astucia de nuestros cleriguillos viniera á convertirse en vergüenza suya... ¡Ah, da casi lástima ver cuán mal saben usar su mejor veneno, pues, en su rabia, nos arrojan á la cabeza en grandes pedazos el arsénico, en vez de disolverlo de media en media onza (2), y con la mayor dulzura, en nuestra sopa; verlos revolver de entre la ropa vieja de los niños los añosos pañales de sus contrarios, para desenterrar la porquería, y hasta exhumar á los padres de sus enemigos, para ver aún si acaso estaban circuncidados!

(1) En la versión francesa: *cual si fueran otros tantos valientes de la antigua caballería feudal, ó héroes de la Tabla redonda del rey Arturo.*

(2) En el original, *Lothweis*; en la versión francesa, *por dracmas.*

¡Oh necios, que piensan haber descubierto que el león pertenece propiamente á la raza felina, y tanto tiempo han estado cacareando este descubrimiento histórico-natural, hasta que el gran gato (1) les pruebe en su propia carne que participa *ex ungue leonem!* (2) ¡Oh pobres obscurantistas, que no veréis claro hasta que no os cuelguen en la linterna! ¡Tendría que encordar mi lira con los intestinos de un asno para cantar dignamente á esos tonsurados imbéciles!

¡Inmenso placer se apodera de mí! En tanto que sentado á mi mesa escribo, suena música bajo mis ventanas, y en el elegíaco furor de su amplia melodía reconozco el himno marsellés con que el bello *Barbaroux* y sus compañeros saludaron á la ciudad de París, ese *Ranz des vaches* (3) de la libertad, á cuyos sonidos contraían la nostalgia los suizos de las Tullerías, ese canto triunfal de muerte de la Gironda, el viejo y dulce canto con que nos mecieran en la cuna....

¡Qué canto! ¡Penetra en todo mi ser fogoso y alegre, y enciende en mí las brillantes estrellas del entusiasmo y las raquetas burlescas, sí, que éstas no faltan nunca en los grandes fuegos artificiales! ¡Los sonoros torrentes de fuego de este canto se derramarán desde lo alto del placer de la libertad en atrevidas cascadas, como el

(1) La versión francesa añade: *se enfada y....*

(2) La versión francesa dice: *con sus uñas su ex ungue leonem.*

(3) En el original, *Kudragen*. Lo traduzco en francés porque así es más conocido.

Ganges se precipita desde el Himalaya! ¡Y tú, sátira amiga, hija de la inflexible Themis y de Pan, el de pie de macho cabrío, préstame tu auxilio! ¡Tú provienes, en efecto, por línea materna de la estirpe de los gigantes y aborreces como yo á los enemigos de tu parentela, á los débiles usurpadores del Olimpo! ¡Préstame la espada de tu madre, con que castigue á la aborrecible ralea, y dame la flautilla de tu padre, para silbarlos hasta morir!.....

Ya escuchan el mortífero silbido, les sobrecoge pánico terror y vuelven á ponerse en fuga metamorfoseados en animales, como en otro tiempo, cuando pusimos el Pelión al Osa por cobertera.....

Aux armes, citoyens! (1)

¡Gran injusticia se comete con nosotros, pobres titanes, cuando se censura la sombría ferocidad con que nos lanzamos con estruendo tempestuoso á escalar el cielo!..... ¡Ah! horrible oscuridad reinaba allá abajo en el tártaro; allí oíamos sólo los aullidos del Cerbero y el resonar de las cadenas, y es disculpable que apareciéramos algo groseros en comparación á aquellos dioses *comme il faut*, que refinados y cultos han saboreado tanto en los claros salones del Olimpo el agradable néctar y el dulce concierto de las musas.

No puedo escribir más, pues la música resuena bajo

(1) Falta este verso de la Marsellesa en la versión francesa.

mis ventanas, se me sube á la cabeza, y cada vez con más fuerza me domina el *rittornello*:

Aux armes, citoyens! (1)

(1) En la versión francesa: *sube hasta mí el terrible estribillo que sabéis*. Suprimese de nuevo el verso de la Marsellesa, y después de tres líneas de suspensivos, sin nuevo epigrafe, hay un corte de cerca de tres páginas.